

Solo tú

NINA
LaCOUR
y DAVID
LEVITHAN

Cuando
la amistad
es a primera
vista



me conoces

CROSS
BOOKS

*Solo tú
me conoces*

**NINA
LaCOUR
y DAVID
LEVITHAN**

**CROSS
BOOKS**

Crossbooks, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *You know me well*
© 2016, David Levithan y Nina LaCour
© de la traducción: Zulema Couso, 2017
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2017
ISBN: 978-84-08-17168-3
Depósito legal: B. 10.332-2017
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

MARK

1

Mis padres creen que me he quedado a dormir en el sofá de casa de mi mejor amigo, Ryan, arropado por el silencio del barrio residencial donde vive. Los padres de Ryan creen que duerme plácidamente en la litera de arriba de mi habitación, tras una noche tranquila jugando a la consola y viendo la tele. Pero la verdad es que estamos en el Castro, dándolo todo en la fiesta megagay de la discoteca Happy Happy que da comienzo a la Semana del Orgullo en San Francisco. Todo un abanico de gente distinta baila y respira bajo los colores del arcoíris. Ryan y yo somos menores, no tenemos experiencia, no vamos vestidos como deberíamos y nos hemos quedado embobados ante la escena que se roza con nosotros. Ryan parece algo asustado, pero intenta ocultarlo bajo una ceja arqueada y tras una cortina de humo de sarcasmo. Si se nos acerca alguien que no le gusta, me coge de la mano para fingir que no está disponible; aparte de eso, ni me toca. Esta es la lógica de nuestra relación: somos solo amigos excepto en los momentos en que, ups, somos algo más. Aunque nunca comentamos esos momentos, porque me da la

sensación de que Ryan piensa que, si no hablamos del tema, es como si no hubieran ocurrido. Así lo quiere él.

Yo le sigo el rollo porque no sé lo que quiero.

Fue idea mía venir a la fiesta, pero no habría sido capaz de hacerlo sin Ryan. Mi territorio se limita al instituto, donde vivo fuera del armario igual que lo hacía antes de que todo el mundo (yo incluido) lo supiera. Pero habíamos llegado a la última semana del primer curso de bachillerato y sentí que era el momento de dar el salto y recorrer esos cuarenta y cinco minutos que nos separan de la ciudad. *Dieciséis años y nunca me he arriesgado* es el título que Ryan le ha puesto a mi vida. Me hace gracia, como si él fuera más atrevido que yo. Por suerte, parezco mayor de lo que soy, tanto que en una ocasión el entrenador del equipo contrario pidió ver mi expediente para asegurarse de que no era universitario. No tengo carnet falso, pero en la primera noche de la Semana del Orgullo a nadie se le pasa por la cabeza pedirte en un lugar como Happy Happy. Solo hay que mostrar confianza, aparentar que sabemos lo que hacemos. Y así entramos.

Me sorprendió que Ryan quisiera venir, porque insiste en que a nadie le importa si es gay o no. No estoy muy seguro de cómo me afecta eso a mí. A veces me dan ganas de cogerlo por los hombros, sacudirlo y decirle: «A ver, tío, el jugador de béisbol con amigos deportistas soy yo. Tú eres el poeta sensible que edita la revista de literatura, ¿no soy yo el que debería tener miedo?». Pero luego pienso que eso no estaría bien, que debo mostrarme más comprensivo. Ryan tiene que encontrarse a sí mismo. Nadie más puede hacerlo por él, ni siquiera su mejor amigo, con el que siempre se acaba enrollando.

Está muy oscuro y no hay demasiado espacio para moverse que digamos. Un montón de tíos no paran de mirarnos como lobos a su presa. Creo que a Ryan le gusta que lo escaneen tíos guapos, pero yo me siento raro. No he venido aquí a conocer a nadie, aunque no me extrañaría que ese haya sido el motivo por el que Ryan ha accedido a acompañarme. Algunos tíos se parecen a mi padre si se vistiera de cuero, otros tienen pinta de participar en un campeonato de selfis. La gente no para de hablar, y el estruendo es ensordecedor, tanto que mis pensamientos se solapan y lo único que siento es el volumen.

Hasta esta noche solo había ido a fiestas en sótanos o en el gimnasio del instituto. Ahora me siento como si hubiera entrado en un mundo más ancho pero más estrecho. Robyn canta una canción sobre bailar sola, y los cuerpos se contornean al ritmo de la música. Este no es el tipo de gente de la que me suelo rodear, no estamos en la sala de juegos de Brewster's viendo un partido de los Giants. Aquí no hay cerveceros, todos son cocteleros.

No estamos en la barra y tampoco en la pista. Ryan se dispone a decir algo, pero un hombre con una cámara lo interrumpe, se coloca por delante de él y me pregunta quién soy. No parece mayor de treinta, pero tiene el pelo canoso.

—¿Perdona?! —grito por encima del ruido.

—¿Quién eres? —me pregunta otra vez.

—Soy Mark —contesto—. ¿Por qué?

—¿Eres modelo?

Ryan se ríe con disimulo.

—No —respondo.

—¿Pues deberías! —dice el tipo.

Pienso que se está quedando conmigo, pero me da su tarjeta. Antes de que pueda decir nada más, me deslumbra un flashazo. Mientras parpadeo por el resplandor, el fotógrafo me toca la muñeca y me dice que le mande un correo. Después, desaparece entre la multitud.

—¿Qué acaba de pasar? —le pregunto a Ryan.

—¿Me hablas a mí? —responde—. Porque ahora mismo me parece que soy invisible. Por lo menos para los fotógrafos de moda famosos.

Ryan también es guapo, pero no se lo puedo decir, va contra las normas. Tiro la tarjeta al suelo.

—No flipes.

Ryan se agacha, la recoge y me la da.

—Quédatela de recuerdo —me dice—. Total, tampoco vas a hacer nada con ella.

—¿Quién ha dicho que no voy a hacer nada?

—Hablo por experiencia.

No miente, soy tímido. A veces, tanto que duele. Sobre todo cuando alguien me lo recuerda.

—¿Vamos a dar una vuelta a ver qué vemos? —pregunto—. ¿O a bailar?

—Ya sabes que no bailo.

Lo que quiere decir es que no baila cuando hay gente. Esa fue la excusa que me puso cuando le pedí que fuéramos juntos al baile de fin de curso. Habría sido un gran paso para nosotros, pero me miró como si le hubiera pedido que nos enrolláramos en un acuario lleno de tiburones. Delante de sus padres. Solo tenía que decir que no quería que fuéramos juntos porque prefería que siguiéramos viéndonos en secreto, pero camufló su negativa tras la excusa de que no le gusta bailar. Sabía que no me haría pasar por la humilla-

ción de verlo ir con otra persona; al menos Ryan no tenía intención de vivir esa mentira. Pero tampoco pensaba ir conmigo.

Al final acabé quedándome en casa. Él vino a pasar el rato, y pensaba que me lo iba a compensar, pero en vez de eso vimos *Pozos de ambición*. Después, se fue a su casa.

Entiendo que no quiera bailar delante de gente que nos conoce. Entiendo que le cueste, él le da mucha importancia, pero esperaba que aquí fuera diferente. Esperaba que, al estar rodeado de desconocidos muy *happy happy*, la cosa cambiara.

—Venga, tío —le digo, intentando mantener un tono relajado—. ¡Es la Semana del Orgullo!

Pero Ryan ya ha fijado la vista en otro sitio. Sigo su mirada hasta dar con un universitario muy guapo, con gafas a lo Clark Kent y una sencilla camiseta azul con una pequeña raja en el hombro izquierdo. Es la imagen del chico ideal de cualquier ratón de biblioteca, el tipo de Ryan, mucho más que yo. Se da cuenta de que Ryan lo mira... y después ve que yo también lo miro y me devuelve la mirada a mí en vez de a Ryan. Aparto los ojos con rapidez.

—Lo he visto yo primero —murmura Ryan.

Creo que está de broma, pero la intuición me dice que no.

—Ya estamos... —dice luego.

Levanto la vista y veo al Clark Kent de la librería independiente rodeando con los brazos a un chico que lleva un gorro de esquí en pleno mes de junio. El chico del gorro se inclina pidiéndole un beso y Clark le concede el deseo alegremente. Si esto fuera un cómic manga, habría un montón de corazones elevándose alrededor de sus cabezas.

—Happy Happy es triste triste —dice Ryan—. Me prometiste que nos divertiríamos. ¿Dónde está la diversión?

Ese había sido mi gran argumento: será divertido. Lo que no le había dicho es que la idea de salir a escondidas de casa, coger el tren y venir a la ciudad, donde nadie sabe quiénes somos, sería... romántica, supongo. El viaje de ida casi lo fue, como una aventura compartida. Pegué mi pierna a la suya y no la apartó. Íbamos bromeando e imaginándonos la cara de mi madre tras llamar a casa de los padres de Ryan y saber que no estábamos. (Mi madre es de las que de verdad se altera si hay un cojín mal colocado en el sofá.) Pensé que la gente que nos mirara vería a una pareja y eso me dio cierta seguridad.

Ahora creo que solo parecíamos amigos, dos colegas que han salido juntos para echarse una mano para ligar.

—Quiero tomar algo —dice.

—Te van a pillar —le recuerdo.

—Qué va. Relájate. No todos somos Timmy *el Tímido*.

Lo sigo mientras se abre paso entre la multitud hacia la barra. Me pregunto qué ocurriría si dejara de seguirlo, si permitiese que el gentío llenara el espacio que se ha formado entre los dos. ¿Se daría cuenta? ¿Volvería a buscarme? ¿O seguiría avanzando porque su camino lo lleva a seguir hacia delante, no hacia mí?

Me lo pienso durante un segundo, y justo entonces me coge de la mano, como si sintiera mis dudas, como si no necesitara darse la vuelta para saber exactamente dónde estoy, como si todo por lo que hemos pasado al menos hubiese servido para crear esta conexión, esta especie de puente.

—No te separes de mí —me dice.

Obedezco. Y Ryan *el Encantador* reaparece al llegar a la

barra, la sombra se le ha borrado del rostro. Cuando el camarero se acerca, Ryan pronuncia cada palabra como si supiera que van a alcanzar flotando el oído de cualquiera que las escuche. El camarero sonríe, no puede evitar que Ryan lo atraiga. Este es el chico del que me enamoré unos ocho años después de hacernos amigos. Este es el chico que me hizo querer ser quien soy. Este es el chico del que tomo prestada mi confianza.

El camarero vuelve con dos copas de champán y no puedo evitar re irme ante lo tonto de la situación. Aunque no bebo, Ryan me pasa una flauta.

—Solo un sorbo —me dice—. Si no, no será un brindis, será un triste que bebe solo.

Me rindo y levanto la copa. Entrechocamos las copas, doy un trago y él se termina la suya de golpe. Le paso la m a para que haga lo mismo.

—Ojalá vivieras un poco —me dice cuando se la acaba.

— Qu  quieres decir con eso? —le pregunto, aunque ya hemos tenido esta conversación.

—Nada.

—No, no es nada.

—Nada, en serio. Es justamente eso.

— Es justamente el qué?

—Nada, que no te expones nada, que no haces nada.

No tengo ni idea de por qué estamos hablando de esto.

— Qu  me est s contando?  Solo porque no me he bebido la copa de champán ya soy Charlie *el Cobarde*?

—No es solo eso. —Señala a la multitud con la copa vacía—. Esto está lleno de tíos buenos. T  estás igual de bueno que ellos, pero no les has echado ni un ojo. No lo intentas. El tío ese te ha dado una tarjeta que no vas a utilizar.

Otros no paran de mirarte. Podrías triunfar esta noche, pero no quieres.

—¿Qué quieres que haga? —Miro la hoja de inscripciones que hay junto a su codo—. ¿Que me apunte al concurso de ropa interior? ¿Que baile sobre la barra?

—¡Sí! Eso es exactamente lo que te estoy diciendo.

—¿Para encontrar a alguien con quien enrollarme?

—O para hablar. No pongas esa cara, no somos los únicos adolescentes en este local. El chico perfecto podría estar aquí.

«¿No te das cuenta de que eres tú?», quiere preguntar la parte de mí que sabe que no debería. Eso también va contra las normas.

—Vale —suelto.

Y antes de que Ryan pueda decir una palabra más cojo la hoja de la barra. Le saco del bolsillo el boli que siempre lleva y apunto mi nombre.

Ryan se ríe.

—No me lo creo. No vas a hacerlo ni de coña.

—Ya verás —respondo, aunque sé que tiene razón.

No tengo ningún problema con desnudarme en los vestuarios, ni delante de Ryan. Pero quedarme en ropa interior en público me parece tan probable como liarme con una chica.

Aun así, una cosa es que yo piense que no soy capaz de hacerlo y otra muy diferente es que lo piense Ryan, porque cuanto más insiste en que me voy a rajar, más quiero demostrarle que se equivoca. Sin duda estamos ante un doble rasero, porque él tampoco lo haría ni de coña. Pero me ha retado.

Seguimos discutiendo unos minutos más, y entonces lle-

ga la medianoche y el DJ dice que los participantes del concurso de ropa interior deben dirigirse a la barra. El camarero mete todos los nombres en una peluca rosa del revés y a continuación grita mi nombre el primero, seguido de otros nueve. El hombre que está a mi lado empieza a desnudarse de inmediato, dejando al descubierto un pecho de acero y unos abdominales de infarto. Me parece que lo he visto nadar en las Olimpiadas, pero quizá sea porque lleva slips. El camarero anuncia que el concurso empezará dentro de un momento.

—Ahora o nunca —me dice Ryan. Por su tono, sé que apuesta por nunca.

Me quito los zapatos. Ryan me mira pasmado mientras me bajo los pantalones y me quito los calcetines, porque quedaría ridículo si me los dejara puestos. No puedo permitirme pensar en lo que estoy haciendo. Me siento raro descalzo en mitad de una discoteca llena. El suelo está pegajoso. Me quito la camiseta.

Estoy en ropa interior. Rodeado de desconocidos. Pensaba que tendría frío, pero en vez de eso siento el calor de la discoteca con más intensidad. Los cuerpos enturbian el ambiente. Y yo estoy justo en el centro.

Creo que no me reconozco, pero no pasa nada.

El camarero grita mi nombre. Le doy mi camiseta a Ryan y me subo a la barra.

El corazón me late con tanta fuerza que lo siento en los oídos.

Se oyen gritos de ánimo, y el DJ pone *Umbrella*, de Rihanna. No tengo ni idea de qué debería hacer. Estoy subido a una barra con mis bóxers azules y rojos, no quiero derramarle la bebida a nadie, pero todo el mundo recoge sus copas

de la barra y, antes de que pueda darme cuenta de lo que hago, me estoy... moviendo. Finjo que estoy en mi habitación, bailando en ropa interior, que sin duda es algo que hago a menudo. Pero jamás con público. Nunca rodeado de gente que me silba y me suelta piropos. Muevo la cadera y levanto la mano al aire y canto «ella, ella, eh, eh». Sobre todo miro la expresión de Ryan, que no se lo puede creer. Nunca lo había visto sonreír así. Jamás había sentido que estuviera tan orgulloso de mí. Está gritando con todas sus fuerzas, animándome. Lo señalo y sonrío tanto como él. Estoy bailando con él, aunque él esté ahí abajo y yo aquí arriba. Le dejo bien claro a todo el mundo lo mucho que lo quiero, y él no se esconde porque, por un momento, ha dejado de pensar en sus cosas, solo piensa en mí.

Lo disfruto. Desde aquí arriba, el mundo es increíble. Miro a la gente y veo que todos se lo están pasando bien, se divierten conmigo o se ríen de mí o se imaginan lo bien que se lo podrían pasar conmigo. Parejas de tíos y parejas de tías. *Skaters* y hombres que parecen presidentes de banco en su día libre. Gente de todos los rincones de la bahía forman un paisaje desigual, algunos bailan conmigo, otros empiezan a lanzarme dinero. Veo a Clark Kent entre la gente, no me quita ojo. Nuestras miradas se cruzan, y juro que me hace un guiño.

Siento que mi mirada quiere volver a Ryan. Centro la atención en él de nuevo, pero, por el camino, cruzo la vista con alguien más. Antes de volver a Ryan, mientras sigo aquí arriba en ropa interior, pensando que mi amigo es la única persona en la discoteca que sabe quién soy, veo otra cara conocida. Es como si la canción se detuviera un segundo, no me lo puedo creer. Porque, sí, tiene que ser ella. Aquí, en este

local gay, viéndome bailar medio desnudo sobre una alfombra de billetes de un dólar.

Katie Cleary.

La chica del último curso que se sienta a mi lado en cálculo.